

recibirle en casa, le remitió á Bolonia: y desde entonces tomó la resolución de no recibir en la Compañía súbdito alguno del Emperador.

Era inexorable con los novicios, que, si bien dotados de grandes prendas y muy deseosos de la perfección, mostraban alguna dureza de juicio y no se sujetaban á la dirección de los Superiores. Un hijo de la ilustre familia Calini, que había pertenecido algunos años á la Compañía ántes de su extinción, y dándose después á hacer largas peregrinaciones, estaba haciendo vida de ermitaño, cuando tuvo conocimiento de la existencia de la Compañía en Nápoles. Dejó al momento su retiro, voló á aquella corte, y por su humildad deseó y consiguió ser admitido para hermano Coadjutor, aunque no le faltaban talentos suficientes para hacerse sacerdote.

Cuantos le conocían, pensaban tener en Calini no solo un varon ilustre, sino un santo canonizable; y aun para esto creían que le bastara hacer con dependencia y consejo de los Superiores menos austeridades que las que practicaba en su vida de ermitaño. Como en la Compañía no se le dejasen hacer tantas penitencias, ni estar todo el día en oración; firme él en su juicio de querer vivir á su modo sin sujetarse á la dirección y voluntad de los Superiores, despidióle el P. Pignatelli, y envióle, como deseaba Calini, á la Cartuja, no sin tenerle gran compasión, por verle expuesto á caer en muchos engaños é ilusiones<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 217. — 25 de Julio de 1805.

## CAPÍTULO VI

Sólida formación que el P. Pignatelli procura se dé á los novicios. — Virtudes que en él resplandecen. — Caridad con los súbditos enfermos. — Asperzas que en secreto practica. — Arrastra á los suyos con el ejemplo al ejercicio de las virtudes. — El novicio Pizzi mendigando con el Siervo de Dios por las calles de Nápoles. — Acuden en gran número y entre ellos personas de calidad á pedir la Compañía. — El P. Andrés Avogadro deja la mitra para volver á la religión. — Ensalza Dios con dones extraordinarios la humildad de su Siervo. — Extiende el Padre su solicitud á Parma y Cerdeña.

1805

Á la prudente elección de los sujetos añadía el P. Pignatelli la diligencia y el esmero en cultivarlos y formarlos segun el diseño de las constituciones. Para la dirección de los novicios escogió personas de acrisolada virtud, que más los amaestrasen con el ejemplo y las obras, que con muchedumbre de preceptos. Estableció que todos, en el momento mismo de entrar en la Compañía, hiciesen el mes de ejercicios, para que consolidaran bien la base de toda santidad por medio de las sublimes verdades que en aquellos se encierran; pues así como los ejercicios dieron el primer ser y forma á la Compañía, es indudable que han de sostenerla y conservarla en lo sucesivo.

Inculcaba muy de veras á quien tenía á su cargo la dirección de los jóvenes, que no agravase demasiado sus tiernas almas con daño de la salud espiritual y aun de la del cuerpo; sino que les

allanase el camino, haciendo uso de los medios que con tan buen resultado había puesto él mismo por obra tantas veces, para aflojar el arco y evitar los efectos de la demasia en los fervores.

Exigía que todos se sometiesen á las pruebas de costumbre, y se ejercitasen en el desprecio de sí mismos y del mundo, sirviendo á los de casa y á los enfermos del hospital en los oficios más abyectos y de mayor repugnancia; y él mismo, á pesar de sus graves ocupaciones, solía algunas veces en el año acudir á cárceles y hospitales ó pedir de puerta en puerta limosna por las calles de Nápoles.

No exceptuaba de semejantes obras de humillacion á los que de jóvenes habían pertenecido á la Compañía antigua y que ya á la sazón eran ancianos; antes bien deseaba que precediesen con el ejemplo, diciéndoles que no podía imponerles la obligacion de hacer de nuevo su noviciado; pero que tampoco podía eximirlos de la de emplear un año entero en la tercera probacion, que San Ignacio prescribe concluída la carrera, ya que no la habían hecho ántes de la supresion de la Compañía. Así que al recibirlos, les señalaba un buen director ó instructor, hombre espiritual, para que durante aquel tiempo los probara con mortificaciones y humillaciones, y les quitase todo el polvillo que en treinta años de vivir dueños de sí mismos en el mundo pudiera haber desfigurado su fisonomía religiosa.

Gustaba de que los novicios, aunque fuesen de la edad y autoridad del P. Fornasari<sup>1</sup>, se hiciesen niños, ó como tales, por Cristo. «Quien desea ser jesuíta,» deciales, «conviene que se haga violencia, y que se convierta en niño.» Y de sí mismo

<sup>1</sup> Entró de 51 años de edad en 24 de Octubre de 1805. Leía en rectorio cierto día, y sin preceder causa alguna, dióle por reír con tal ímpetu, que por más que se esforzó, no pudo contener la risa. Presidía á la mesa el P. Panizzoni, y allí mismo delante de todos le dió una solemne reprimenda. Terminada la segunda mesa, acereóse el Siervo de Dios al P. Fornasari, y preguntóle de qué reía. Respondió el novicio, que ni él mismo lo sabía. Entonces el P. Pignatelli le dijo: «Contentome de que os riáis: señal es que estáis contento.» (*Process. Romano*, fol. 97.)

decía á menudo: «Nosotros somos como niños, que no nos podemos mover sin el auxilio de otros<sup>1</sup>.» Y añadía: «El ser jesuíta no consiste en la forma del vestido, ni en vivir unidos en una misma compañía; sino en obrar y vivir conforme al espíritu del Instituto para trabajar en bien del prójimo<sup>2</sup>.»

Quería que fuera tan uno este espíritu, que nunca admitió á ningun discípulo de Paccanari, si no era con condicion de que hiciese el noviciado segun las reglas de la Compañía<sup>3</sup>. Estos dictámenes, que ya vimos al P. Pignatelli practicar en el noviciado de Colorno, los tuvo fijos todo el tiempo de su vida y se gobernó siempre por ellos.

Gran número de súbditos suyos en Nápoles describieron más tarde en el proceso, que se formó en dicha ciudad, las prendas de alma y cuerpo de su Provincial con tanta viveza y precision, que parece lo ponen ante los ojos del lector. «Tenía siempre,» dice Rafael Niola<sup>4</sup>, que fue novicio, «tenía siempre la sonrisa en los labios y la calma en el rostro: era afable y lleno de caridad con los que encontraba.» El H. Antonio Autore<sup>5</sup> asegura que «entre muchos Padres de grande ejemplo se distinguía el Padre Pignatelli por su mansedumbre, modestia, pobreza y vigilancia.» Cayetano Lanzetta depone que juntamente con un semblante jovial y que respiraba caridad, guardaba tal modestia de ojos, que los llevaba siempre bajos hasta el punto de no poderse distinguir de qué color los tenía<sup>6</sup>.

El P. Luis Tedesio, del Oratorio de San Felipe Neri, que trató con mucha intimidad al Venerable, se deshace en alabanzas de su moderacion y caridad en el gobierno<sup>7</sup>. Finalmente Bernardo Malenco, estudiante del colegio de Nápoles y discípulo

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 86.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 90.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 93.

<sup>4</sup> *Process. Neapol.*, fol. 1023.

<sup>5</sup> *Ibid.*, fol. 153.

<sup>6</sup> *Ibid.*, fol. 169.

<sup>7</sup> *Ibid.*, fol. 27.

de los PP. Tito Cecconi, Ángel Mai y Melchor del Giúdice, con quienes muchas veces había tenido conversacion sobre las virtudes del P. Pignatelli, asegura ser voz comun entre los jesuitas napolitanos, que su Provincial tenía un semblante imponente, manifestaba gran prudencia en sus resoluciones, era asiduo en el trabajo, infatigable, jovial y de un trato fino y amable<sup>1</sup>.

Donde más campeaban su humildad y caridad era en el cuidado de los enfermos. Visitábalos uno por uno todos los días: aguardaba en la escalera al médico, le pedía cuenta del estado de cada enfermo, y ordenaba que se les proporcionase todo cuanto el facultativo prescribía<sup>2</sup>. No se contentaba con estas diligencias; sino que él en persona se constituía su enfermero.

Hallándose con una angina el Hermano coadjutor Felipe Marcángelo Marchetti, «me trató,» dice él mismo<sup>3</sup>, «como si fuera él mi criado. Venía á cambiarme la camisa, mullíame la cama, limpiaba el vaso, y me prestaba todos los servicios que á él podían prestarse; no permitía que me faltase cosa de cuantas podía yo tener necesidad; y aun durante el tiempo de la noche, venía á preguntarme cómo me hallaba y si me faltaba algo.»

Otro Hermano novicio, tambien coadjutor, Jenaro Quattrocchi<sup>4</sup>, alaba la grande caridad, con que le trató el P. Pignatelli en una enfermedad que tuvo, á causa de un tumor que le salió en la rodilla. Dice que el Venerable le visitaba con frecuencia y despacio, y le hacía la cura, como si no tuviese otra ocupacion más que la de cuidarle á el. Y otro tanto hizo con uno que pretendía entrar en la Compañía, aunque por su débil salud no pudo ser admitido. «Estando yo enfermo,» dice<sup>5</sup>, «el Padre cuidó de traerme un médico de los de más nombradía, tomó á su cargo proveerme de cuanto necesitaba, y me asistió con cariño verdaderamente de padre.»

<sup>1</sup> *Process. Neapol.*, fol. 409.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 946.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 978.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 633.

<sup>5</sup> *Ibid.*, fol. 170.

Solo de sí mismo descuidaba, y sentía ser pesado á los demás en sus enfermedades. Acometióle una vez un fuerte catarro; y para evitar molestias á los enfermeros, pidió se le trasladase á la enfermería comun: lo cual no le fue concedido, sino que se le hizo curar en su propio aposento<sup>1</sup>.

El P. Luis Fornasari<sup>2</sup> observó que siendo el Venerable de casi setenta años de edad, él mismo se rasuraba sin espejo; y lo que es más, sin remojarse ni enjabonarse la barba. Jamás admitió fuego en su cuarto para calentarse en el rigor del invierno, siendo así que á otros Padres ancianos que lo necesitaban, se lo hacía admitir<sup>3</sup>. «No me permitía que le barriese el aposento,» dice el novicio Francisco Caraso<sup>4</sup>, «sino que él mismo se lo barría.» Tres veces al mes servía á la mesa<sup>5</sup>.

Un novicio, Pedro Salzano, observó que el Venerable sabía fingir admirablemente que comía, y dejaba la comida en el plato<sup>6</sup>. Una vez que su hermana la condesa de la Acerra le envió de regalo una fuente llena de requeson, el Padre fue repartiendo de él entre sus hermanos hasta que no quedó más que la fuente; y el Venerable, para poder decir que lo había probado, se contentó con recoger con el dedo algo de lo que con la cuchara no había podido sacar<sup>7</sup>.

Aunque se desvivía por servir á sus hermanos y por aligerarles la carga cuanto le era posible, deseaba que ellos fuesen muy mortificados y les hacía concebir alta estima y aprecio de los trabajos. «Muchas veces,» dice Francisco de Curtis<sup>8</sup>, á la sazón coadjutor novicio, «muchas veces, encontrándome por la casa, me preguntó: «H. Curtis, ¿ha padecido V. algo hoy?» Si yo

<sup>1</sup> *Process. Neapol.*, fol. 199.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 103.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 799.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 656.

<sup>5</sup> *Ibid.*, fol. 1010.

<sup>6</sup> *Ibid.*, fol. 1110.

<sup>7</sup> *Ibid.*, fol. 136.

<sup>8</sup> *Ibid.*, fol. 951.

le respondía que no, añadía él: «Mal día ha tenido.» Y si después le contaba yo algo adverso que me hubiese pasado, y lo había sufrido, me decía: «Hoy ha ido bien.»

Lo que procuraba en los demás, no lo descuidaba en sí el buen Provincial. Había en el colegio un subterráneo, y observaron los Padres, que el Siervo de Dios se entraba en él disimuladamente. Picóle á alguno la curiosidad de saber á qué iba á aquel oscuro lugar á tales horas. Observóle sin ser visto, y se espantó al oír los fieros golpes con que maceraba su debilitado cuerpo. Movidó á piedad, dio cuenta á sus compañeros de lo que había oído, y arbitró con ellos un medio de estorbarle el que se pudiera ocultar en aquel escondrijo, mandando tapiar la puerta que á él conducía.

Así lo depone el mismo maestro de obras<sup>1</sup>, Josué Meglia, que era el encargado de las reparaciones y fábrica del edificio. «Cerré,» dice, «un subterráneo, al cual bajaba el buen Padre para azotarse con la disciplina de hierro todas las noches: y esto lo hice por mandato del prefecto de la fábrica, á fin de que el Siervo de Dios no pudiera hallar donde esconderse.»

Estas son las obras que salían al exterior, y daban testimonio del espíritu interior que vivificaba y movía aquella alma grande, la cual no suspiraba por otra cosa que por ver resucitado y vigoroso aquel primitivo fervor y observancia, que había de ser el nervio de la nueva Compañía y había de atraerla con abundancia las bendiciones del cielo. Y no ignorando que más mueve á la práctica de la virtud el ejemplo que las palabras, esmerábase en que á sus hijos no les faltara ninguno de estos dos alicientes para su perfeccion.

Precedíalos á todos en los más abyectos oficios de fregar, barrer, servir á los enfermos y ayudar al cocinero: por lo que nada tenía de extraño que atraídos los súbditos por Superior tan ejemplar, se sintiesen más animados cada día para ser perfectos, y no se economizasen en los trabajos y fatigas del minis-

<sup>1</sup> *Process. Neapol.*, fol. 957.

terio apostólico. Descubriase en todos una santa y generosa emulacion; y los más ancianos no se avergonzaban de someterse á los jóvenes y principiantes tras el ejemplo del P. Pignatelli; como se refiere, entre otros, del P. Juan Avogadro, de quien luégo se dirá, que no consintió jamás que un Hermano coadjutor le hiciese la cama y barriese el aposento. La sola vista del P. Pignatelli era bastante para sofocar en los corazones toda semilla de propia estimacion, todo apego á comodidades, todo afecto de respeto humano y de vergüenza, hija del amor propio.

Óigase en confirmacion de todo lo dicho lo que deponen el P. Tomás Pizzi, entonces novicio<sup>1</sup>. «El ejemplo del P. Pignatelli era tan eficaz, que bastaba mirarle para emprender con denuedo la práctica de todas las virtudes. En una ocasion, siendo yo novicio en Nápoles, y ántes de pasar á enseñar en el colegio máximo, me mandó avisar que el día siguiente por la mañana estuviese á cierta hora en la portería con otro Hermano novicio, para salir á pedir limosna en compañía de su Reverencia<sup>2</sup>. Al pronto me pareció que me alegraba de tener aquella ocasion de humillarme; pero cuando tuve que practicarlo, me hallé muy próximo á perder la vocacion.»

«Á la hora señalada bajamos á la portería, y nos encontramos ya allí al P. Provincial con tres alforjas en la mano; y al vernos, dijonos con cara de risa: «Iremos á pedir limosna por amor de Jesucristo;» y poniéndonos la alforja al hombro, nos mandó hincar de rodillas ántes de la imágen de San Ignacio y hacer un poco de oracion, ofreciendo aquella obra á mayor honra y gloria de Dios. Salimos á la calle: y él, que iba en medio de los dos, empezó á pedir limosna. Queríamos imitarle, pero el extremo rubor nos sacaba los colores al rostro: nos arrebatava aquel espíritu de humildad de que estaba penetrado nuestro

<sup>1</sup> Entró en 26 de Junio de 1805.

<sup>2</sup> P. BOERO, pág. 400. En el proceso romano, fol. 853, Luis Pancaldi dice que eran cuatro los novicios: el mismo Pancaldi, Pizzi, Antonio Luis Ferrarini, y el boloñés José Colliva. El hecho sucedió á fines de Octubre ó principios de Noviembre.